VII

LA CASA DE ESPAÑA

Las naciones que se han prestado á realzar la Exposición construyéndose una casa (independiente de las instalaciones artísticas ó industriales que en otros edificios poseen) desarrollan al margen del Sena, frente á los palacios de Congresos de Arboricultura y Horticultura, y al sorprendente del Municipio de París, doble fila de edificios espléndidos ó curiosos y raros, llamada *calle de las Naciones*. La hilada que mira al río es la más importante de las dos. Tienen palacio propio las naciones siguientes: Italia, Austria, Turquía, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, Portugal, Dinamarca, Persia, el Perú, Servia, Grecia, el principado de Mónaco, Suecia, Bulgaria, Rusia, Rumania, Finlandia, Noruega, Bosnia y Herzegovina, Bélgica... y España. Fuera de la *calle de las Naciones* alzaron pabellones más mo-

destos, en el Trocadero, algunas potencias que no querían ó no podían respirar tan fuerte: el Japón, Egipto, China y el *Transvaal*. De todos estos edificios, exóticos en Francia, el mejor el nuestro. No compite con él sino el de Bélgica: yo creo que salimos vencedores.

Italia pensó sin duda: "Caballo grande, ande ó no ande", y se construyó un palacio desmedido, fastuoso, de estilo híbrido, recargado de adornos, remedo infeliz de San Marcos de Venecia. Turquía dió un ejemplar de su estilo moderno, pintoresco y lindo. Los Estados Unidos, una construcción sobria y fría, con reminiscencias del Capitolio de Washington: la estatua ecuestre del grande hombre decora el pórtico. Dinamarca y Suecia se han contentado con casitas de madera; la habitación nacional, de ventanas de cristalillos emplomados y tejado escamoso. Austria, un edificio de aspecto serio y noble, atildado como un cortesano. Bosnia, un castillote feudal y militar, la residencia de un magnate bosniaco fronterizo determinado á vender cara su vida á los turcos. Hungría, una especie de iglesia románica. Inglaterra, un *manor* del siglo XVI. Persia, un palacio decorado con brillantes trozos de cerámica, revestidos de espejos al exterior sus pabellones. Alemania, un edificio que recuerda los Municipios ú *Hoteles de ville*, con su torre de reloj y sus torreoncillos puntiagudos. Mónaco, haciendo una hombrada, subiéndose en la punta de los pies para ser visto, ha reproducido la bonita torre *Santa María* y construído un notable pabellón. Grecia, renunciando á alojarse en el Partenon, derecho que nadie había de negarle, reside en un templo bizantino de la época de los megaduques, extraordinariamente parecido á una iglesia vieja que existe en Avila. Servia y Rumania también se inspiran en motivos religiosos, monasterios y mezquitas, lo mismo que Finlandia, alojada en una iglesia parroquial. Y entre tanto estilo diferente, entre tan variadas muestras de la arquitectura de todos los países, la atención y la admiración del público se ha concentrado, desde el primer día, en dos palacios, sobre todo en uno: Bélgica y España.

El de Bélgica, copia de un rico *Hotel de Ville*, es de estilo gótico del último período, con luengas ojivas, multitud de pináculos y agujas y una atrevida flecha. El de España, más sencillo, corresponde á nuestro período de mayor gloria y de intensa cultura artística y científica: el Renacimiento. No reproduce exactamente ningún monumento español, aunque se sirve de elementos que tanto conocemos y hemos contemplado en Toledo y Alcalá de Henares, y se inspira en el palacio de Monterrey, en Salamanca. El plano es de adorable sencillez: una torre saliente mirando al Sena, y en la fachada lateral de la derecha un cuerpo entrante nada más. Pero, al compararlo con los planos complicados y laboriosos ó desgarbados de otros palacios nacionales, se advierte la impresión majestuosa y serena que ha de causar el conjunto, correspondiendo la justa proporción de los alzados al plano, en la obra del hábil arquitecto.

Por donde quiera que se mire el palacio, en sus menores detalles, hasta en ventanitas semiocultas, es igualmente bello, sereno, fuerte, impecable en su estilo. Pena da que sea de yeso y tenga que desbaratarse al terminar la Exposición. Nuevo como está, frescos y con todo su realce los vaciados que lo adornan, bien reproducido el simpático tono trigueño que presta á nuestros edificios el sol, la ilusión es perfecta: creyérase que hemos conseguido trasladar aquí alguno de nuestros monumentos famosos, archivo, alcázar ó residencia ducal.

Así en lo exterior como interiormente, nuestra casa revela que el Gobierno ha querido, correspondiendo á la buena voluntad que Francia nos demostró en momentos críticos, contribuir al lucimiento de la Exposición.

Dentro, un alarde de opulencia artística sólo igualado por el de Hungría, que también se trajo un tesoro diferente de orfebrería, tesoro oriental. Nosotros hemos echado el resto en tapices. La Exposición no encierra en este género nada comparable. Es dato fijo que ninguna nación del mundo posee tapices que en cantidad ni en calidad se acerquen á los nuestros, á los de la Corona, á los de las Catedrales, á los de las casas aristocráticas españolas. No es en España donde el tapiz se ha fabricado mejor, no por cierto; pero en otras épocas, las florecientes de la tapicería, supimos hacer lo que hoy hacen los ingleses: pagar bien, y si pagar no bastaba, tomar mejor. Las paredes del Palacio de España son asombro de los inteligentes.

Allí los tapices, tejidos con oro, de la real casa, traídos de Amberes y de Bruselas, hechos por cartones de Vermayer y de Metsis; tapices que decoraban las estancias de Felipe II, de Carlos V, de Juana la Loca, de Margarita de Austria; ejemplares célebres en el mundo, como el de la conquista de Túnez, el dosel y fondo del trono del César, y el delicadísimo de Valentina de Milán. Símbolo más claro todavía de nuestro papel puramente histórico en la Feria—sobre el tono divinamente armonizado, sobre la pátina de estas tapicerías inestimables, casi lo único que se destaca son algunas escogidas piezas de la Armería: tarjas, rodelas, borgoñotas, celadas, almetes, cascos, turbantes de acero—y las maravillosas espada y daga y túnica y escarcela de Boabdil, eco del *suspiro del moro*, que aún viene á resonar en los ámbitos vacíos del Palacio, á dos pasos de la civilización ultramoderna.

Sólo encuentro en este Palacio, á la vez esplendente y desierto, una nota viva, el abanico de Fortuny, capricho delicioso del genial pintor, juguete frágil, que se diría puesto de intento para contrastar con las terribles armas de torneo y de combate, y para unir á la canción heróica y á las estrofas de conquista y de devoción que entonan los tapices, el madrigal amoroso. Sonríen las figuritas de casacón, sosteniendo su galante diálogo entre las flores y los arbustos de un jardín soñado, á la Watteau, y parecen decir que los severos góticos tapices y las damasquinas armas pertenecen al pasado,

y que hay arte nuevo. El contraste es como si lo buscase un refinado crítico.

He alabado nuestra casa todo lo que merece, y confieso que causa una impresión solemne de grandeza,—grandeza melancólica. La vida, la vida real y presente, lo que no se traduce en recuerdo ni epopeya, falta allí en absoluto. No cabe mayor intimidad con *lo que fue*, ni más total y desdeñoso divorcio de *lo que es*. Jamás nos hemos envuelto en nuestro manto de terciopelo y oro, ni hemos calado el chambergo de plumas con más romántica indiferencia.

—Hermosa casa, pero vacía—dicen unos.—Este cuarto se alquila—exclaman otros.—Han venido los carros de mudanza—oigo repetir á los españoles que vagan por aquí como almas en pena.—Y un patriota susurra indignado:—Nuestros obreros, para tomar notas, han tenido que pedir papel y pluma en el pabellón de los Estados Unidos.....

¡Sino eterno de España! En el Palacio nuestro, el Palacio del pasado, sólo encuentran atmósfera propia Carlos V y Boabdil.....

VIII

LA CASA DEL TRANSVAAL

Esta y la de España—incluyamos también la de China—son las que encierran un drama histórico que no les pasa inadvertido á la mayoría de los visitadores. Esta y la de España se completan por su misma oposición.

Mientras España con su arrogante palacio campea en lo más brillante y aristocrático del recinto, el *Quai d'Orsay*, y en punto céntrico de la calle de las Naciones, el Transvaal, modesto y sin jactancias, arrinconado casi, se refugió en el Trocadero. Y sépase que el Trocadero es la leonera de la Exposición. Allí ha ido á parar, si no lo que zozobra, al menos todo aquello que no tenía colocación airosa ni fácil, principalmente lo ultraexótico. No es que falten en el Trocadero curiosidades, como la Exposición de arte retrospectivo japonesa; es que domina la nota colonial, las instalaciones de